

RUBEN DARIO

(La biografía es una novela escrita sobre el argumento que ha inventado antes la vida. Todo el quid consiste en que el escritor logre llevar a sus lectores hasta el vértice de ese ángulo ideal en que convergen y divergen el sueño y la realidad.)

I.—INFANCIA CON SUEÑOS Y FANTASMAS

A horcajadas sobre la cadera de una guaricha morena, con ojos de brasa, llega Rubén a San Marcos de Colón, tierras de Honras, próximas a la frontera de Nicaragua. Su madre, doña Rosa Sarmiento, viene desde Chocoyos a instalarse aquí. Es una mujer fina, enlutada, que trasciende esa amargura especial de las mujeres hermosas y malcasadas.

El niño Rubén pisa la tierra con sus pies descalzos. Pisa la hierba y las hormigas. Corre entre las hojas de grueso tafetán verde de los bananeros. Espanta los pájaros y las chicharras del cañaveral. Juega con las colas de las vacas, chupa sus tetas hinchadas de leche. Los mansos animales miran al renacuajo con sus ojos grandes, por los que corren unas nubes pequeñas. El niño crece en esta hacienda de la América Central, como un animal doméstico. La madre llora siempre, nadie sabe por qué.

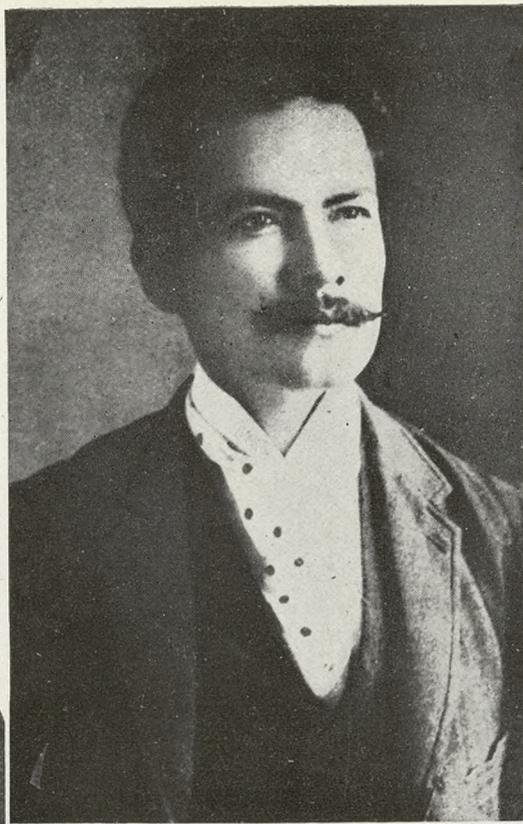
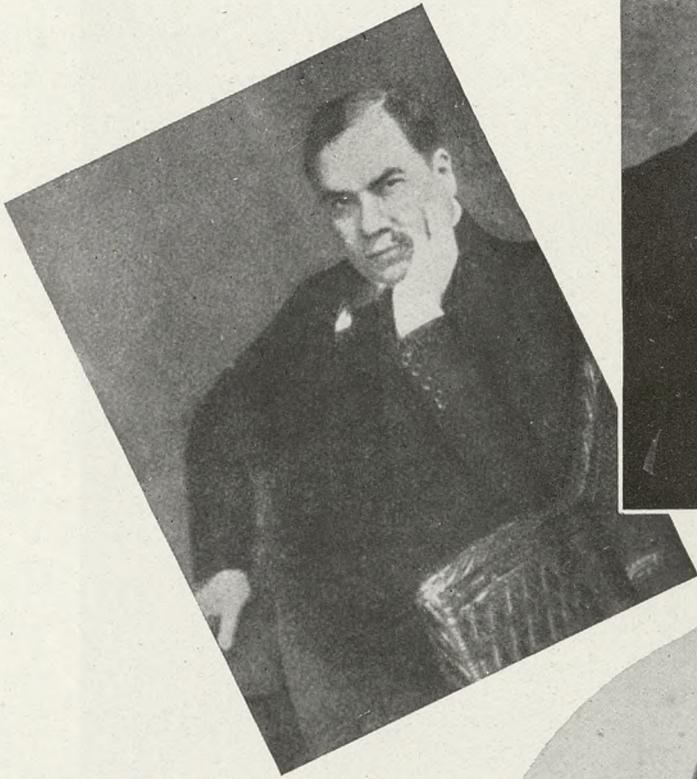
A los cuatro años, Rubén no alza del suelo más que ese gallo espolonero al que intenta coger la cresta como si fuese una flor, y ya le ocurre la primera aventura. El niño se pierde en la selva. Acaso sea aquella una fuga simbólica. Su destino será fugarse siempre hacia una selva, manigua interior, donde lo salva su instinto.

* * *

De Honduras vuelve el niño a su tierra natal: León de Nicaragua. Esta vez no viaja sobre la cadera de una guaricha, sino en la cabalgadura de su tío, el coronel Ramírez, que será su padre adoptivo. El coronel está casado con doña Bernarda Sarmiento, hermana de su madre. Viven en una casa de estilo colonial, que tiene un gran patio con flores que recuerda la influencia andaluza. Allí empieza Rubén sus tareas escolares. Al principio, doña Jacoba Tellería le enseña las letras a fuerza de pestiños y bizcotelas. Más tarde, el licenciado Ibarra, pedagogo que hace versos y arrea palmetazos, le enseña algo de gramática y las cuatro reglas de la aritmética. Pero en la casa hay otros maestros más eficaces: el indio Goyo, la mulata Serapia, la cigarrera Manuela, el contrahecho Vilches. Todos estos servidores de doña Bernarda Sarmiento cuentan a Rubén historias interminables. Almas simples, capaces de lo demoníaco y de esa pura y silvestre poesía de lo maravilloso, eran para el niño Rubén su Verne y su Salgari, su Poe y su Walt Disney.

Los cuentos de Vilches todos son de miedo y de fantasmas. La casa colonial era buen escenario para representar estas historias de aparecidos. El niño llega a ver seres extraños y a confundir con fantasmas las lechuzas que vuelan de noche, sonámbu-





las, sobre los patios. Pero, ¡cuánto quiere Rubén a sus fantasmas!

Una Semana Santa —“Semana Santa en León y Corpus en Guatemala”, reza el encenio popular— Rubén, con sus doce años, se revela como poeta. Sus versos, impresos en unas hojitas de colores, caen mezclados con flores y hojas de coyol sobre la imagen del Señor del Triunfo, en la procesión del Domingo de Ramos. Es una piadosa costumbre a la que el niño poeta presta su colaboración.

Después, los que saben de su poético don le encargan epitafios en verso para sus deudos difuntos. Quieren que ponga en estrofas su duelo. ¡Cuántas personas de León se fueron al otro mundo con una apología hecha en verso por este Rubén Darío de doce años!

II.—ROMANCE DE LAS TRES PRIMERAS NOVIAS

Después de lo maravilloso, lo inefable. A los trece años, Rubén está enamorado. En la casona no había más que viejos y lechuzas. ¿Por dónde ha entrado este ángel rubio? El pequeño poeta nicaragüense ha visto unos ojos azules, ha visto unas mejillas con piel de fruta, ha visto unas rodillas rosadas y unos labios de caramelo. La tía Bernarda ha dicho que la prima Inés viene para vivir con ellos. En la presentación, la prima Inés se ha puesto a reír. Es una risa de niña, pero ya con melodía íntima y suave de mujer. Inés ríe por todo. Ríe como canta un pájaro. Después de reír besa a Rubén porque se lo ha mandado la tía Bernarda. Es un beso limpio, sonoro y fugaz como un disparo. “Bésame tú ahora” —dice ella con esa inocente coquetería de las niñas que no se han enterado del fenómeno biológico de su pubertad.

Las palabras de la niña disparan el último resorte de la timidez de Rubén. La besa con los ojos cerrados. En su atolondramiento no acierta con la mejilla y la besa en una oreja. Los rizos rubios le hacen cos-

En la página anterior ofrecemos una reproducción del Rubén Darío de Vázquez Díaz.—Arriba: Cuatro fotografías de otros tantos momentos de la vida del gran poeta nicaragüense.

quillas en la nariz. Le producen el efecto de una descarga eléctrica.

El segundo amor de Rubén Darío es con Hortensia Buislay, saltimbanqui norteamericana de un circo ambulante. Cuando la gran tienda de lona quedó instalada, con una bandera en su mástil de navío, Rubén, niño al fin, sintió esa alegría universal de los niños ante el prodigio circense. Ya le prometía su imaginación destrezas humanas y rarezas zoológicas.

Pronto Rubén olvida a Inés y olvida sus libros por la ágil y frágil feminidad de aquella saltimbanqui de quince años. Ángel adolescente con alas de percalina, ¡qué aérea y espiritual le parece en la geometría de los trapecios, con una banderita que le tira a él al final de su “trabajo”! Rubén no tiene dinero, pero puede entrar todas las noches haciendo de músico con la caja vacía de un violín.

Hasta un día que, como en el poema cinematográfico de Charles Chaplin, no quedó del circo más que la circunferencia de tierra aplastada que había sido la pista y una rota banderita de

las que sacaba Hortensia Buislay. Rubén, que acaba de leer por primera vez las *Rimas* de Bécquer, coge la banderita destrozada, la mira, y como es un niño hace lo que es propio de un niño: llora. Lloro por un juguete o por un sueño. Y como además es poeta, compone los primeros versos publicables, que reproducirá el periódico local, *El Termómetro*.

Rubén está ya en Nicaragua. Un empleo en la Biblioteca Nacional le permite leer literatura española en la Colección Rivadeneira. Lee con avidez y escribe versos en álbumes y abanicos. Empieza a ser un bohemio bien vestido. El protagonista de la gran novela de su vida.

El tercer amor se llama Elena. Es una joven que canta y recita en las reuniones. Para Rubén es la tercera estrofa de su romance sentimental. Acaso la primera pasión del niño poeta. “Nunca escribí tantos versos como entonces”, confiesa. ¡Buena musa esta joven de los ojos verdes y la piel de canela! Un día confiesa muy serio a sus amigos que se casa con Elena. Ha cumplido quince años. Los amigos sonríen, le compran una maleta y lo embarcan para El Salvador. La garza morena, como él la llamará siempre, se quedó llorando su amor a orillas del lago Managua. Así termina el romance de las tres primeras novias.

III.—LA LIBERTAD POR UNA ODA

En otro momento de su adolescencia Rubén se encuentra con los jesuitas. Lo lleva al colegio de la Compañía su tía doña Rita Darío. No será sastre, como quiere la “madre” Bernarda, pero estudiará en un ambiente religioso. Aquel fué el primer encuentro de su alma desbordada y dispersa —exceso de carga afectiva— con el férreo molde ignaciano. Con Loyola ha de encontrarse todo el que anárquicamente intenta levantar el vuelo sobre las cumbres. En el mundo moral había tropezado con

VIDA NOVELESCA DE RUBEN DARIO

(Viene de la página 41.)

Loyola, como en el estético había tropezado ya con Homero, con Virgilio, con Dante, con Góngora, con Goethe, con Hugo. Eran los grandes obstáculos. Las montañas que es necesario escalar. Pero sólo pueden aventurarse los elegidos. La "aventura" ignaciana terminó mal. El alma de Rubén no tiene tres enemigos teológicos. Tiene cinco. Uno por cada sentido corporal. ¡Y qué enemigos! Pronto comprenden los padres que la lucha será difícil. Pero de los jesuitas saca Rubén los primeros conceptos de una cultura universal, que han de serle bien útiles. "Conocí nuestros clásicos —dice— y cogí al pasar una que otra espiga del latín y aun del griego".

Rubén está de nuevo en El Salvador. Pronto empieza a rodar sobre el mapa de América. Al final, el gráfico de sus viajes será una espesa telaraña tendida sobre los dos continentes. Ahora, desde el puerto de la Libertad envía un telegrama al doctor Zaldívar, presidente de la pequeña República. A Rubén ya le atraen desde niño los palacios presidenciales. Zaldívar le contesta y le ofrece una entrevista. Cuando está en su presencia le hace una pregunta de cuento maravilloso:

—¿Qué es lo que deseas?

Los ojos del joven bohemio se dilatan antes de contestar. Rubén sigue siendo un niño. ¿No hacen esa pregunta los reyes de cuento que conceden la felicidad?

—Quiero tener una buena posición social —responde.

—Eso, de ti depende —agrega el presidente.

Y vuelve a mirar al niño poeta, que acaso le parece más niño ahora.

Se despiden. Cuando Rubén llega al hotel, un emisario del presidente le entrega quinientos pesos. El cuento se hace realidad. Una realidad de oro verdadero. Y con el oro vienen los halagos de una diva italiana que se hospeda en el mismo hotel. Pero aquello acabará mal. Alguien comunica al presidente los malos pasos en que anda Rubén. Un día vuelve a presentársele el mismo emisario oficial. Le dice unas palabras secas:

—Aliste sus maletas y sígame, de orden del señor Presidente.

El niño comprende que se ha roto el encanto. No pregunta más. Se deja conducir como un autómata.

La niñería ha sido reprimida con un castigo de niño. Se encuentra encerrado en un colegio. Rubén empieza a ser un niño terrible. "Que no se le deje salir y se le trate con severidad", decía la orden de Zaldívar.

Pero el doctor Reyes, rector de aquel colegio, era un buen hombre con pujos de poeta. Pronto le cogerá el flaco Rubén. Más que su dómíne se convierte en su admirador. Rubén se encarga de la clase de Gramática. Pero lo que hace es escribir versos y apasionadas cartas de amor para los estudiantes enamorados. A pesar de todo le aburre el encierro.

Cuando unos meses después se hacen en El Salvador preparativos para el centenario del nacimiento de Bolívar, el presidente Zaldívar vuelve a ocuparse del niño poeta. Rubén, que ha entrado en aquel encierro por una niñería, va a salir por una oda. Salta sobre los versos ditirámicos de su *Oda a Bolívar*. Sale vestido de frac para ser el héroe de la fiesta. Los versos siempre serán el talismán que abra todos los "sésamos" de su destino.

IV.—EL VIAJE A CHILE: "AZUL"

De El Salvador ha vuelto Rubén a su tierra. ¡Qué inestable resulta todo en el Istmo! La política, la tierra volcánica que a veces se estremece. Así es también el sino dramático de Rubén. En Managua ha tenido un empleo burocrático y lo ha perdido, porque el presidente ya no se llama Zabala, sino Cárdenas. Es la eterna historia de los turnos políticos.

Ahora es un amigo —Juan Cañas— quien hace de brújula orientadora de su rumbo. Cañas es un aventurero que buscó oro en California y lo derrochó en todas partes. Ordena a Rubén:

—Vete a Chile.

—No tengo dinero —fué la contestación.

—Vete a Chile a nado, aunque te ahogues antes de llegar.

El aventurero le prepara el viaje. A los pocos días empieza a amainar la tormenta política, pero empieza una tormenta geológica. Cuando ya Rubén está sobre la cubierta de un barco alemán, tiembla la tierra, y el altavoz del volcán Momotombo radia, para los asustados habitantes de Managua, no los versos que inspirara a Víctor Hugo, sino un terrible trueno subterráneo.

En Santiago hace Rubén periodismo y versos. Ya ha empezado a "vivir de su cabeza". Del periodismo consigue una corresponsalía "vitalicia" de *La Nación*, de Buenos Aires. Con los versos y los cuentos publica en Valparaíso *Azul*. Un librito breve. Una locura para los tipógrafos y para algunos críticos de la época. Poca cosa por lo demás. Unas palabras unidas de modo original, con genio, y nacía

un nuevo mito literario. Rubén tiene entonces veintiún años, y don Juan Valera, el 22 de octubre de 1888, escribe, para "Los Lunes de *El Imparcial*", una de sus "Cartas Americanas", dedicada "A don Rubén Darío", que lo consagra como el primer poeta de su tiempo.

V.—MATRIMONIO ACCIDENTADO

De Chile a Managua, y de allí a El Salvador de nuevo. En El Salvador manda ahora el general Menéndez. Rubén acaba de llegar y ya se ha enamorado. La nueva novia se llama Rafaela Contreras. Pero esta vez parece que la flecha ha calado más hondo. El poeta, con sus buenos veintitrés años, es ya un personaje en la capital salvadoreña. La noticia de sus amores ha llegado ya al palacio. El propio general es quien le aconseja el matrimonio. Este se concierta, en su parte civil, para el 22 de junio de 1890. Unos días después tendrá lugar la ceremonia religiosa.

Aquella noche cena Rubén en casa de su futura suegra. Entre los invitados está el jefe de las fuerzas de la guarnición, general Ezeta. Después de la cena, Rubén deja la casa de su novia y se va a dormir. Entre sueños oye cañonazos y disparos de fusilería. Está demasiado cansado para preocuparse. A la mañana siguiente recibe recado urgente de casa de su novia: el general Menéndez ha sido asesinado y el general Ezeta ocupa el poder. Rubén se indigna. Decidido abandonar el país sin pérdida de tiempo. Apenas le quedan unas horas para despedirse de su medio esposa. Desde Guatemala escribe contra el usurpador del poder. ¡Todo es tan inestable en el Istmo! Unas semanas después dirige en Guatemala *El Correo de la tarde*, pero su boda tardará seis meses en efectuarse de verdad. Rubén tiene ya la obsesión de la Grecia pagana. Sus esponsales cristianos terminan en un festín dionisiaco. Poco después de su matrimonio embarca en Colón de Panamá con rumbo a España, donde asistirá como delegado a las fiestas del Descubrimiento.

En Madrid se hospeda en el hotel de "Las cuatro naciones", instalado en la calle del Arenal. Allí conoce a Menéndez Pelayo y a todas las personalidades de la época. En la mesa redonda de "Las cuatro naciones" se habla del último discurso de Cánovas, de Frégoli, de la anunciada retirada de "Lagartijo". La fiesta cumbre del centenario fué la inauguración en Recoletos del Palacio de Bibliotecas y Museos. La solemnidad tuvo lugar el 12 de octubre de 1892. El periódico *El Liberal*, al dar cuenta de las delegaciones especiales americanas, dijo de la de Nicaragua: "Asisten D. Fulgencio Mayorga, ex ministro; don Ramón Espinola, propietario; D. Rubén Darío, literato distinguido". La presentación del poeta, entre un político y un rentista, no podía ser más modesta.

VI.—RUBEN ENVIUDA Y SE CASA

De nuevo en León de Nicaragua, recibe Rubén la noticia de la muerte de su esposa. Esta, al regreso de España, se había quedado en El Salvador. Después de padecer un verdadero trastorno por el dolor, intenta en vano ahogar su pena con bebidas alcohólicas. Vuelve a Managua para cobrar los emolumentos de su viaje a España. Allí lo rodean viejos amigos. Pero durante su estancia le ocurre un episodio que él mismo calificará de "lo más novelesco y fatal de mi vida".

Parece que los hechos tuvieron este desarrollo: Rubén, que sigue abrumado por la pérdida de su esposa, acude a un restaurante, donde se encuentra con Rosario Murillo, mujer de gran hermosura, con la que había tenido amistad antes de su matrimonio. El poeta la invita a cenar con él en un reservado. Rosario, según tardía confesión de Rubén, realiza metódicamente sus proyectos. El poeta, un infeliz en el fondo, muerde el anzuelo. No tardan en presentarse unos hermanos de la joven. La seductora se convierte entonces en seducida y de allí sale Rubén casado legalmente, hecho que amargaré muchos días de la vida del poeta.

Cuando años más tarde, el Parlamento nicaragüense, todo de amigos y admiradores de Rubén, llega a votar una ley especial destinada a que el poeta pudiese romper esta coyunda, Rubén, medio por galantería, medio por debilidad de corazón, no la utiliza.

VII.—DE LA ESPAÑA DEL "98" AL PARIS DE LA EXPOSICION UNIVERSAL

Con un nombramiento de cónsul general de Colombia en Buenos Aires, Rubén llega a la capital del Plata, después de pasar por Nueva York y París. "¡París, bazar de los sueños del mundo!" Allí realiza la mayor ilusión de su vida: ser presentado a Verlaine. En Buenos Aires va a ejercer su cargo y a hacer algo más importante: fundar, con sus *Prosas profanas*, la nueva escuela literaria que se llamará "Modernismo". Es amigo de Lugones, que acaba de llegar de su Córdoba natal; de Obligado; del "clown", de origen inglés, Frank Brown, al que dedica unos versos:

"Salta del circo al cielo raso;
Banville lo hubiera amado así;"
.....

(Pasa a la página siguiente.)

Rubén vuelve a España con los últimos soldados de rayadillo, que venían de la guerra de Cuba. Empieza a escribir para *La Nación* desde la España abatida del 98. Pero su intuición genial se da cuenta de algo trascendente: "España ha retirado de América el último soldado y el último burócrata de la administración civil, pero hay algo que no puede retirar aunque quisiera: la sangre que corre por las arterias del continente y alimenta la nueva raza que ha de ser América". Para Rubén, la sangre es como el vehículo de algo divino, del genio y el sueño de la raza. Es el primer intelectual que inicia en Hispanoamérica el retorno a la vieja cultura española, como medio de afianzar sólidamente la historia y buscar solera a la naciente civilización.

Su paso por Madrid queda marcado con la lectura en el Ateneo Literario de su *Salutación del optimista*, que hoy tiene valores de profecía:

"Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda,
espíritus fraternos, luminosas almas, ¡salve!"

Cuando Rubén vuelve a París, ya no es la torre Eiffel la única maravilla para empapanatar a los turistas internacionales. Son también las aspas luminosas del "Moulin Rouge", símbolo de la frivolidad de toda una época. Visita la tumba de Verlaine, la Exposición Universal y acompaña a "Maxim's" a la destronada reina de Madagascar. Una morena reina de opereta, a la que besa a la luz de la luna. También conoce a Wilde en su decadencia, y a Sara Bernhardt. Pero Rubén sufre entonces una especie de crisis que no nos atrevemos a llamar religiosa. Huye de París y va a Roma. A llorar sus pecados a las plantas de León XIII. Allí le toca ver a D'Annunzio, que aun iba acompañado de la Duse.

VIII.—EL POETA Y SUS FANTASMAS

De Roma vuelve edificado. "Lo que a París trae el placer lleva

a Roma la Religión", escribe. De París vuelve a Madrid. Publica su libro más pleno y el que señala ya la iniciación de su decadencia:

"¡Juventud, divino tesoro;
ya te vas para no volver!"

Francisca Sánchez le ha dado otro hijo allá en París. El viaje triunfal por América, con la revista *Mundial*, y, después, el cansancio, el retiro a Mallorca, "la isla de oro", donde de verdad quiere convertirse en personaje de una novela que escribe a toda prisa. Y de Mallorca a Barcelona, y de Barcelona a Nueva York, para dar conferencias pacifistas. Y allí el encuentro y el choque con:

"máquinas, diarios, avisos,
¡y dolor, dolor, dolor!"

Y, por fin, la pulmonía, la cirrosis, el viaje postrero a Nicaragua, para morir en León y ser enterrado con honras inusitadas en la misma catedral donde se había efectuado cuarenta y nueve años antes su bautismo.

Ahora, a los treinta y dos años de su muerte, la voz de Rubén vive aún, pese a la continua evolución de las formas estéticas, porque generaciones y generaciones nacidas después de él continúan sintiéndose penetradas del verbo de su mensaje. La voz de Rubén late en el agua de los grandes ríos, en la piedra, en la tierra, en el aire y en el sol de América, con un temblor estremecido de líricos vaticinios.

Madrid, 1948.

J U A N A N T O N I O C A B E Z A S

GUIA DEL ESCORIAL PARA GENTE DE BUENA FE

(Viene de la página 43.)

metros de altitud. Las torres suben a más de 56 metros. Cada lado de esta mole pasa de los 200 metros. Todo es granito plateado de la misma sierra, pizarra segoviana, mármol blanco de Almanzora, serpentina de Granada, jaspes, plomo, bronce dorado; en otro tiempo, también plata, oro y pedrería; siempre un cielo de luz muy fina, y a veces un viento de mal domar. Las tres o cuatro veces que el Monasterio ha ardido, lo ha hecho en pavesa y con la valiosa confabulación de ese viento tan grande.

Gusta saber, más que el estilo dórico de las partes bajas y el jónico de las altas, cosas como ésta: El Monasterio tiene 300 celdas, 15 claustros, 86 escaleras, 73 estatuas, 11 aljibes, 88 fuentes y 2.673 ventanas. Costó dieciséis millones y medio de pesetas, cantidad aproximada que hoy costaría levantar una sola de sus torres. Decía en sus memorias Fray Antonio de Villacastín que las cuentas de la obra las llevó él al maravedí y que no se desperdiciaron ni dos reales. Esta buena administración la confirma el primero y mayor cronista del Escorial, Fray José de Sigüenza, historiador de la Orden de San Jerónimo. El arquitecto Herrera no ganó nunca más de mil ducados por año. Un peón, el más humilde, ganaba dos reales en jornada de diez horas. Entonces, un ciento de huevos se compraba por once reales, lo mismo que una arroba de aceite. Hubo una huelga con motín y comité, porque el alcalde del Escorial había encarcelado a unos obreros vizcaínos que hicieron alguna barrabasada. Los vizcaínos de la obra, siempre puntillosos en materia de fuero y honor, levantaron a todos y casi hubo luto. Fray Antonio, el obrero, consiguió así el perdón, diciendo a Su Majestad: "Hay que perdonar a éstos, que sólo han pecado de hidalgos, de honrados y de necios". Rió el Rey, perdonó a todos y mandó a galeras al comité de huelga.

Más curiosidades no hay por qué decir. Dejemos algo a los protestantes.

PATIO DE LOS REYES Y BASILICA

No fué a su dinastía, sino a los grandes Reyes del Antiguo Testamento, a quienes Felipe II hizo tan monumental glorificación en el entablamento de este Patio. Señaló el escriturista Arias Montano el lugar en que debían ser puestas, y al Rey pareció bien. Flanquean esta pieza en que la luz del día y el temblor del bronce ganan jerarquía, por la derecha el convento y por la izquierda el colegio. En frente, está nave es la de la Biblioteca, obra predilecta del Rey, que en ella juntó con lo mejor de su tiempo la más completa colección de códices árabes. No el fuego de su mano, sino aquel confabulado con el viento de que hablábamos, quemaba aquí los libros preciosos y heréticos.

Siempre se suben con prisa los escalones del Patio de Reyes, porque parece que la Basílica hace tiro de nosotros. Ya en el templo, la idea tan humana de la propia pequeñez personal ante las cosas de Dios, suele enconarse a los mequetrefes. Franceses, un eminente luso como Qüental, la ilustre mundana madama d'Aulnoy y algunos ingenios españoles casi contemporáneos, con mucho tormento entre cuero y carne, se han irritado contra la Basílica. Nosotros, no. Nosotros somos gente de buena fe.

La bóveda plana que sustenta el coro es admirable, pero no sorprendente. Las pilastras gigantes, en las que el dibujo dórico de las columnas demasiado fundidas en su masa acentúa la sensación de pesadez, fueron así calculadas para una cúpula todavía más alta y más pesada. Pierde todo el crucero en perspectiva lo que gana en

sensación de espesor. Llena de bronce dorado, no muy bien decoradas sus bóvedas, otras veces con riquezas infinitas brillando entre las 36.000 luces que los frailes le encendían, nunca, sin embargo, puede parecer rico, tibio e íntimo el recinto del templo. Está todo él calculado para centrar el divino tabernáculo de jaspes pulidos a diamante, de bronce y oro y plata, debido al genio de Jacobo Trezzo (Jacometrezzo), no tanto a las mediocres pinturas de Zúccaro, pero sí al prodigioso calvario de Leoni, en bronce dorado, con un Cristo que vale por todo El Escorial.

Pero, después de Dios, la Basílica está orientada hacia los grupos que Pompeo Leoni fundió en su casa de Milán con la escultura "y bultos" de la familia de Carlos V y de Felipe II, a un lado y otro del retablo. Es ésta por su indescriptible nobleza, por su ímpetu, por su hermosura, por la humildad que late bajo el peso orgulloso de los mantos desmontables, la obra central del Escorial. Son solamente cenotafios, pues los cuerpos de los reyes —de todos los reyes desde Carlos V, menos Felipe V y Fernando VI, que no entendieron El Escorial— están enterrados en la bóveda de jaspes, bronce y cristal que un fraile tan listo como Fray Nicolás de Madrid logró hacer por unos 600 reales. Es el sepulcro más rico de todas las dinastías que en el mundo han sido.

LA DOCTRINA ES EL CAPITAN, Y EL ARTE SIGUE

Quando visitemos el Palacio Real del Escorial, que constituye la cuarta parte de todo el edificio, dejaremos las salas de tapices de Goya, la sala pompeyana, los riquísimos suelos de taracea y las infinitas preciosidades, incluso la adorable estancia de Isabel Clara Eugenia, para irnos a las habitaciones de Felipe II. En ellas está la verdad. Y en todo lo demás, el Arte sigue y no estorba. La cámara del Rey tiene las paredes desnudas y blancas, apenas con zócalo azulenco de Talavera. Le entra, señora de todo, la luz meridiana del Escorial. Cada mueble, cada objeto piadoso tienen en sí mismos una gran fuerza patética, porque bien se entiende que allí no son adorno. Aquel era un hombre fuerte, firme, dichoso en la soledad, bien sabe Dios si triste a veces por la baja ley en que están batidos la generalidad de los hombres. Era de esos hombres tan fáciles de odiar, gracias a cuya hombría podemos ya luego consentirnos los demás la gracia de ser simpáticos y hasta blandos. Murió aquí, penando mucho. Sus grandes e incontables enemigos no le habrían dado peor tormento que le dió el Señor, y eso que Dios le amaba.

Luego iremos visitando con calma todo El Escorial. Si entramos ahora en la sacristía, hemos de ver el cuadro prodigioso de Claudio Coello, ese reportaje de la España grandiosa en su caída, donde el pincel puso sangre y hasta buena salud a la nobleza y a la clerecía en trance de adorar al Santísimo. Veamos cada cuadro de Ribera. Tenemos para toda la tarde. No disgusta saber —quisiera uno que esto no se le olvidase— detalles como éste de que el "Descendimiento" de Van der Weyden, que es una cima muy alta en la montaña de arte del Escorial, flotó sobre el Mar del Norte en su caja de pino, cuando naufragó con el galeón que lo traía. Este cuadro en que el dolor cristiano se hace enjuto y macho, había de tener una historia así.

Seguiremos descubriendo detalles toda la tarde y, si queréis, también todo el día de mañana. Nos quedan infinitas cosas. Nos queda, sobre todo, verlas para hablarlas.

J O S E A N T O N I O T O R R E B L A N C A